

Descendiente Del Sol

Salió del río ya adulto en un amanecer. Él mismo se colocó el nombre Marín. Su aspecto se veía de rasgos indígenas. Era un habitante de caminos. Iba y venía por toda la región de Las Nubes, sin establecerse en ninguna casa. Podía vivir de la naturaleza, sin plata a toda hora, pero, eso no le duraría por siempre. Hacía los trabajos de finca sin que nadie lo solicitara. Lo único que aceptaba era algo de comida. Si alguien le pedía realizar algún oficio, se marchaba inmediatamente sin responder y demoraba mucho tiempo en regresar. En una ocasión de cosechas de café, recogió muchísimos bultos de granos. Más del doble de la cantidad que recogía el mejor recolector. Cuando tenía sed lamía el agua de las hojas, pudiendo pedirla en taza. Mascaba caña dulce como si fuera un caballo. Aparentemente no sentía ni frío ni calor. Al finalizar la semana, cuando el propietario iba a pagarle a los trabajadores, Marín se había ido sin cobrar. Los adolescentes que lo acechaban lo encontraron jugando con un montón de cien pies negros. Decían que podía leer y escribir en la oscuridad. El patrón, quien le ofrecería trabajo permanente, supo de él dos años después cuando regresó con la buena noticia de la construcción del puente sobre el río Cabrera y una rudimentaria carretera. Estaba investido con autoridad y elocuencia innatas. Luego consiguió del Gobierno un ingeniero para asesorar a los pobladores en el diseño y obra del acueducto. Marín nunca echaba en cara los favores hechos. Cansado de los políticos volvió a desaparecer.

Lejos de Casa

La estrella caía lentamente haciendo bonitas piruetas. Mostraba con sus destellos muchas figuras geométricas. Marín nos había dicho en la mañana que, cuando la oscuridad abriera sus puertas, tendríamos una visita muy especial. La mini nova aterrizó muy cerca de las matas de pensamiento florecidas. Nuestros primos y nosotras corrimos hacia la maravilla. Se abrió una puerta. Marín entró. Lo seguimos. Gritábamos y reíamos. Mi hermana, quien tenía la pierna enyesada se quedó absorta en la entrada. A pesar de mi insistencia prefirió solo mirar. Eso sí era jugar. Nosotros que la mayor diversión era montar en el burro o en el caballo manso sin monturas, además de bañarnos en el río. Lo único brillante que habíamos visto, fueron los adornos de navidad en la Iglesia del pueblo. Marín ocultaba algo. Adentro no lo vimos. Tampoco supimos en qué momento salió. Cuando la hermanita del sol empezó a moverse, más reímos. Buscábamos de qué sostenernos y al no encontrar, nos agarramos de las manos. Mi hermana miraba hacia la casa gritando a mis papás. Un murmullo, sonido de chorros de quebrada sobre las piedras grandes, se escuchaba. Eso no era, el cauce estaba muy lejos. Ya estábamos muy arriba. Marín rompió el récord en saltar alto. Se colgó con un brazo, detuvo la viajera, con su voz de mando nos hizo acercar a él y con su mano libre nos tiró al piso. Mi papá decía que el huésped de potreros se quedaba hasta altas horas de la noche mirando el firmamento. Unía las estrellas con su índice, formando otras más grandes, de tres, cuatro, cinco y más puntas. Observamos extasiados la partida, sin saber si estábamos tristes o felices.

Buscador de Caracoles

Reverberaba el sol a mediodía cuando la señora Margarita extrañó a su hijo Samuel de cinco años. Siempre estaba jugando con el perro o con los pollos, excepto esa mañana. No se había acercado a la cocina ni a pedir chicha. Retiró las ollas del fogón. Caminó muy rápido hasta las huertas a ver si estaba acompañando al papá. Empanizado se quedó el almuerzo. Se complicó el resto del día. Lo buscaron por toda la finca sin encontrarlo. Sus hermanos mayores al regresar de la escuela se fueron a buscarlo por toda la vereda y a pedir ayuda. El papá, quien se burlaba mucho de los curas y de los cristianos separados, empezó a rezar mentalmente mientras alistaba su yegua para irse al pueblo a consultar la situación con el ejército. La señora Margarita ya iba en el vigésimo rosario. Había escurrido de lágrimas varias veces un pañal de tela de Samuel, que aun guardaba como a una reliquia. Ya el señor se alejaba en su alazana, cuando Marín le hacía señas que esperara. El correcaminos barrió el paisaje con su mirada común y silvestre. Se dirigió por el borde del tímido hilo de agua que surcaba los cultivos. Por ahí buscaron antes varias veces. Encontró muchos montículos recién juntados. Había sobre ellos dibujos con figuras espaciales. Los siguió como un rastro. El niño estaba hablando con un caracolito, quien le decía que estaba buscando el hogar. Marín regresó con Samuel de la mano, furioso por obligarlo a salir del nuevo territorio, donde pensaba construir muchos hogares. Traía una bolsa llena de amiguitos.

Coleccionista de Broncas

Marín evitaba el sol. Era amigo del agua, aunque no lo empapara. Despertaba la admiración de las mujeres, la envidia y los celos de los hombres. Hasta las vacas lo buscaban para que las protegiera de la lluvia con solo acercasen. Fue el único que le entendió a la paralítica sordo muda y huérfana, que su hermano se iba a matar a sí mismo con un tiro de escopeta en la montaña, después de extender en las cercas, todas las cintas de sus casetes de rancheras. De esa forma ocurrió el infortunio que tiñó de tristeza la vereda. El joven era muy apreciado por todos los campesinos de la región. Los guerrilleros culparon a Marín. Se les había escapado varias veces. Lo atraparon por fin. Lo encerraron en una casa humilde y le prendieron candela. Se burlaban pidiéndole plata para soltarlo y le gritaban groserías. El sol se metía intercalado por entre las hojas de los árboles. La brisa transportaba trocitos de llama por todo el entorno, subiendo aún más el calor. Sin embargo, Marín no sudaba. Nunca encajaba en ninguna casilla. Cuando el fuego estaba a punto de extinguirse, los fulanos vieron al andariego lejos de su alcance. Reía a carcajadas. Les mostraba ambos dedos corazones. Le dispararon varias veces. Se había perdido en los pastizales, loma arriba, donde los arbustos sembrados por él, cientos de años antes, le transpiraron gotas para la sed.

Libre Del Contagio

Carecía de dinero para el pasaje. Marín viajó como un mochilero, escondido entre las ramas de los árboles, arrancados de raíz y transportados enteros a la ciudad, en un camión inmenso. Llegó a la clínica a visitarnos, cuando por fin le hicieron la operación de cadera a mi hermana, justo antes de la encerrona. Aprendió a manejar lo virtual sin que nadie le enseñara. Podía perder el tiempo. Lo tenía de sobra con los genes de su ancestro y tantas restricciones. Hacía diligencias por encargo, evitando las filas engorrosas. En ese tiempo de necesidades le tocó aceptar los pesos. Aburrido porque no podía apreciar la belleza de los rostros, ni hacer la lectura correcta de los labios al hablar, con esas mordazas, se dedicó a trotar por las avenidas. La policía lo echó a la cárcel por desobediente. Encontró a los presos con los síntomas y amontonados. Muchos días después cuando llegaron los médicos, todos estaban contagiados menos él. Habían trasladado reclusos a otras cárceles, para participarles del regalo amarillo. Marín salió disfrazado de autoridad sanitaria. Batalló con la economía sin entender de funcionarios sobre facturadores de mercados. Resultó encartado con una tarjeta de crédito. Le cobraron cincuenta mil por usarla con un saldo de ochenta y cinco mil, durante mes y medio. Y eso que la había aceptado porque era sin cuota de manejo. Como la piedra de la realidad era dura de romper, una espléndida mañana de lluvia, salió volando en línea recta vertical hacia su patria chica. ¡Llevaba brazos y piernas extendidos en equis!